

Estar solo o sentirse solo...

Entrevista inédita con Elías Nandino

Gabriela Gutiérrez López

En 1988, cuando cursaba el último semestre de la carrera de Ciencias de la Comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, cayó en mis manos un libro de poesía titulado Erotismo al rojo blanco, que me asombró por la descarnada sinceridad con que trata la decrepitud humana y los impulsos libidinales que lo acompañan como castigo de Tántalo, lo que aumenta la pesadumbre del tramo final de la vida. Ese libro del poeta Elías Nandino me permitió acercarme al poeta y al hombre octogenario. Me fue preciso conocer más acerca del longevo escritor que para esas fechas había sido poco estudiado.

Esta entrevista es el resultado de mis tres visitas al poeta entre 1989 y 1993, quien generoso, aceptó conversar conmigo y ayudarme con información biográfica de primera mano para que, de esta manera, yo pudiera concluir mi tesis: Elías Nandino, esplendor en el ocaso, con la que obtuve el título dos meses después de la muerte del poeta ocurrida el 2 de octubre de 1993. Cuando conocí al poeta, ya comenzaba a estar en el “ocaso”, aunque seguía escribiendo y atendiendo cariñosamente a todo el que acudía en su búsqueda a su casa de Cocula, hoy Casa de la Poesía Elías Nandino Vallarta. El doctor ya no vio la versión definitiva de mi trabajo, que fue publicada en el año 2000 por parte de la Secretaría de Cultura de Jalisco como parte de los festejos del autor de Erotismo al rojo blanco.

Dice el poeta: Voy a cumplir 89 años. Yo me pregunto, cómo es posible que haya vivido tantos años. Todos los escritores del grupo Contemporáneos se han ido; mis amigos íntimos también. Voy a México y ya estoy huérfano. Él único que vive es Octavio Paz, pero él es más chico que

yo y además no me quiere. Acaba de cumplir setenta años. Octavio tenía unos 16 o 17 cuando yo tenía 26 o 27.

GGL: ¿Cómo fueron los primeros años de su vida? Cuénteme de sus padres y hermanas.

EN: Mi familia fue humilde. A mi padre le gustó mucho el comercio, compraba y vendía terrenos y potreros. Tenía tendajones. Creo que cuando yo nací todavía no teníamos casa. Me dicen que vivíamos muy cerca de “la calle puerca” que se llamaba así porque había un rastro y echaban todos los desechos a la calle. En esa esquina nací yo.

Mi mamá era una mujer dulcísima. No sabía leer, pero aprendió a hacerlo cuando yo estaba en Guadalajara. Me escribía unas cartas muy bonitas. Lástima que no las guardo. Mi madre fue el amor más grande que tuve en la vida. Mi padre era un hombre muy celoso, me llegó a odiar porque yo amaba a mi mamá. Era un hombre muy rudo. Siempre tuve un cierto desapego con mi padre. A él le hice un poema que se llama “Nocturno difunto”. Yo viví un poco huérfano; nunca conocí la ternura de mi padre. Él amaba el dinero y se despreocupaba de la familia...

Salí a Jacona, Michoacán en 1911 o 1912 con los hermanos maristas, pero resultó que no tenía vocación y al poco tiempo me regresé a mi pueblo. Jacona era un lugar muy bonito; está cerca de Zamora. Yo ya había estudiado la educación primaria que era de cuatro años y la secundaria. Vino la Revolución acá y tuvimos que dejar la casa e irnos a la parroquia a vivir. Un día me cansé de estar encerrado en la casa del párroco. Yo tenía muchas ganas de comer “quioté” que es una especie de madera dulce que sacan de

los magüeyes. Que me salgo y al llegar a la plaza que estaba llena de tabachines, que parecían arcos triunfales, de repente voy viendo que había como treinta colgados.... Yo conocí la muerte ahí. Me impactó mucho ver cómo mataban a un muchacho que había sido acusado de traidor a la patria. Ahí comprendí lo que era la muerte. En parte eso fue lo que me hizo tratar este tema en mi poesía.

Después nos fuimos a Guadalajara. Yo vendía naranjas en las casas. Se calmó la revolución y mis padres se vinieron a Cocula. Yo me quedé a estudiar teneduría de libros, terminé y trabajé de recaudador de rentas en Cocula.

Vino la muerte de mi hermana Beatriz y como yo ya leía a Bécquer, Manuel Acuña y Manuel M. Flores, comencé a escribir poemas donde le preguntaba cómo era el cielo. Encontré que mi sensibilidad descansaba haciendo poesía. Un día vino un muchacho seminarista, Luis Sánchez, y me dijo que me tenía que ir a estudiar a Guadalajara.

Mi padre me había mandado a trabajar de ayudante de sastre y de peluquero, pero como una vez quemé un traje y otra corté con la navaja a un señor, mi padre me mandó a trabajar a la huerta. El único día que trabajé lo hice hasta las cinco de la tarde; me dio un calenturón... Le costé como doscientos pesos a mi padre, quien dijo: "Este cabrón no sirve para nada. Que haga lo que quiera".

Luego, entré al seminario de la Asunción, pero sólo estuve como dos o tres semanas. Estudiábamos gramática latina y esas cosas. Me chocó y me salí. Tomé el consejo de mi amigo Luis Sánchez y me fui a estudiar preparatoria a Guadalajara. Me hospedé en un mesón que se llamaba "El Arenal" y un día, frente al templo de San Felipe me encontré a Pepita, que era cuñada de un receptor de rentas de Cocula y me ofreció su casa. Terminé la preparatoria e ingresé a la carrera de medicina.

GGL: Hábleme de cuando llegó a la ciudad de México.

EN: Un amigo me invitó a pasar las vacaciones en México. Me gustó tanto que pregunté en la Escuela de Medicina si me podían aceptar. Me dijeron que sí, pero que no me tomaban en cuenta el año que ya había estudiado. Me pidieron mis generales. Vine a Cocula por mis papeles y me regresé. Así que el primer año en México la pasé muy bien porque era muy fácil. Aquí conocí a escritores, pintores, músicos. A toda la gente importante de México. Me dediqué un poco más a las letras. Se me abrió el cielo; conocí todo lo mejor que llegaba de Europa. A los treinta años yo era ya famoso en México. Escribía y operaba. Fui médico de Dolores del Río, María Félix, Roberto Mon-



Elías Nandino en Hollywood, haciendo pruebas para actor de cine, 1928. (Del acervo de Josefina Estrada)

tenegro, Julio Castellanos, Celestino Gorostiza y muchos más. La pasé muy bien, pero un día, a los setenta y dos años, me nació el instinto y dije, "yo me voy". Me vine y puse en Guadalajara el primer taller de literatura. De ahí salió gente muy talentosa como Jorge Esquinca y Felipe de Jesús Hernández. Fui una especie de estrella de Bellas Artes, pero después me querían anular y me cansé. Así que renuncié y me vine a Cocula a trabajar de médico. Tenía mucha clientela. Un día me hablaron para decirme que me habían dado el Premio de Poesía Aguascalientes. Fui y me lo dieron. Estaba el gobernador Flavio Romero de Velasco y él insistió en que diera otro taller; me daba todo el dinero que yo necesitaba y con él pude llevar a los mejores escritores de México como José Emilio Pacheco y Gustavo Sainz. Después fui al Festival de Poesía de Morelia en 1981 y fui muy aplaudido. Yo no fui el mejor poeta, pero sí el más aplaudido. Después me dieron el Premio Jalisco y el Premio Nacional. Me reconocieron ya muy viejo. Me acuerdo que hace mucho me llevaron con una adivina y me dijo: "Ay, usted va a tener una vida muy bonita y muchos reconocimientos, pero los va a tener ya muy viejo". Y mire que salió cierto.

GGL: ¿Y su libro *Erotismo al rojo blanco*?

EN: Ay, mijita, ese libro se agotó muy rápido. Se hicieron cinco mil ejemplares. Voy a meter otros poemas para la reedición. Lo vamos a presentar en Guadalajara junto con un libro inédito que se llama *Ciclos terrenales*. Se van a presentar el diecinueve de abril, que es el día de mi cumpleaños. También van a sacar mi obra completa en Ediciones Gonvill.

GGL: Hábleme de los escritores de Contemporáneos.

EN: Los Contemporáneos realmente fueron narcicistas, quisieron amar a la poesía para amarse a sí mismos. No supieron lo que es amar el campo, amar a México. Querían cambiarlo todo, pero a su modo. De ellos hay dos sinceros: Jorge Cuesta y Gilberto Owen. Los demás buscaban ser diplomáticos y todo eso... Ellos eran muy egoístas; habían hecho la preparatoria juntos, entonces yo era ajeno. Cuando los conocí yo les enseñé psicoanálisis porque tomaba clases en la Escuela de Medicina con Santiago Ramírez. Nos daban risa todas las cosas de Freud. Fui médico de cada uno de ellos, los operé. Fue una relación de trabajo y hasta familiar.

GGL: ¿Y Xavier Villaurrutia?

EN: Villaurrutia de pronto era bueno. Él sólo escribía, nunca fue rico, no tuvo coche. Yo saco del fuego a Cuesta, a Villaurrutia y a Gilberto Owen. De Novo, puedo decir que lo bueno que hizo lo deshizo con lo malo. Según palabras suyas, su poesía amorosa es erótica y demasiado pasional... La pasión es cegadora... La estricta perfección de la poesía de los Contemporáneos se la dio Jorge Cuesta. Yo sé que hay que escribir de lo que uno siente por eso la muerte se convirtió en la retórica de mi poesía. Ser médico me hizo comprender más la vida. Fui un poeta mediocre, como todos, pero el ascenso me salvó. Nunca me he sentido insatisfecho de lo que he vivido. Si hay reencarnación yo pido nacer un 19 de abril y que me pongan Elías Nandino y que vuelva a vivir la vida como la viví.

La siguiente parte de esta entrevista corresponde a la conversación que tuve con el poeta en el mes de febrero de 1993.

GGL: ¿Por qué se siente triste?

EN: Porque estoy solo. Ahora vivo con mi amiga Gertrudis y su familia. Ya no tengo alientos para seguir. Es muy distinto estar solo a sentirme solo. Voy a tratar de publicar

un libro que terminé; no quedé contento, pero ya no tengo mucho tiempo.

GGL: ¿De qué es ese libro?

EN: Es un libro que está hecho con intención de poesía japonesa. Es desconcertante porque las rimas o las asonancias saltan. Lo había dejado en paz, pero quiero retomarlo.

GGL: ¿Y qué piensa en sus ratos de soledad?

EN: La soledad se llena con más soledad.

GGL: ¿Y todavía hace poemas?

EN: Sí.

GGL: ¿Tiene sueño?

EN: Ay, no, qué bueno que tuviera sueño.

GGL: Doctor, usted debe sentirse muy orgulloso por todo lo que hizo.

EN: Francamente no sé si valí la pena.

GGL: ¿Qué le ha gustado de la vida, doctor?

EN: La vida. Porque la viví como quise. Ya luego se me escapó. Mi juventud fue muy bonita, llena de ilusiones.

GGL: Oiga, ¿y qué le pareció lo que pasó con el cardenal Posadas Ocampo?

EN: Mira, si pasó, eso quiere decir que andan muy mal. Esa gente se ha dado una vida... No sé, no estoy al tanto, pero quién sabe qué pase de todo esto. Están pasando cosas muy feas. Quién sabe en qué vaya a parar todo esto. Tal vez se ponga aún peor...

GGL: ¿Y sus fotografías?

EN: Ay, me preguntas por todo eso y no sé nada. Se las di todas a un muchacho que se llama Humberto porque me van hacer un álbum. Ni modo, he hecho cosas que no debía hacer... Te voy a regalar un retrato mío, sólo déjame ver si recupero mis cosas...

GGL: ¿Todavía lee?

EN: Sí. Poco porque no veo con un ojo, me operaron y no quedé bien. En fin, en esta vida lo que se hizo se hizo y lo que no... ya no hay tiempo. •

GABRIELA GUTIÉRREZ LÓPEZ es periodista de origen jalisciense. Ha participado en coloquios dedicados al análisis de la obra de Elías Nandino.